

CUENTOS

DEL GENERAL

LA VISITA DE LOS MARQUESES

Con decir que era el día de la fiesta titular del pueblo, está dicho todo; porque aquella era la romería más concurrida y más famosa de los contornos, y aquel pueblo uno de los más fértiles y pintorescos de la montaña de Santander.

Sentado en la pendiente de una loma, con sus casas dispersas y ocultas entre cajigas, castaños, nogales y cerezos, semejaba más bien que un pueblo con arbolado, un bosque con casas. Á lo lejos, y en las ardientes mañanas de verano, aquel pueblo parecía como dispuesto á deslizarse con suavidad por la pendiente para tomar un baño, en el, si no abundoso, sí fresco y transparente río, que desprendiéndose del Valle de Pas, después de haber refrigerado á multitud de nodrizas, cesantes unas y en agraz las otras, resbala, buscando la tumba común de los ríos, en una estrecha cañada, á la que,

sin duda por adulación ó por cariño, han bautizado los montañeses con el pomposo nombre de Valle de Toranzo.

Era un día del mes de Agosto; la luz brotó por el Oriente con todo el encanto de una mañana de fiesta, porque digan lo que quieran los sabios sueltos ó que escriben en los periódicos, la luz de los días festivos es distinta de la luz de los días de trabajo; y en aquel apareció como diciendo: aquí está lo mejor del baile.

Y con un lujo de amabilidad y con un refinamiento de poesía no comunes, ya jugueteaba sobre las espumas del río, ya iluminaba en su vuelo á las abejas, convirtiéndolas en chispas de fuego que se cruzaban; ya arrastrándose, venía á esmaltar la hierba de los prados, ó á reflejarse sobre un fragmento de vidrio, del que hacía brotar un sol pequeño, pero deslumbrador, en mitad de la carretera.

Más alegre que la risa de los niños y más precipitado que espantada banda de gorriones, se desprendía por los arcos del humilde campanario el armonioso repique, que iba por el pueblo despertando á los vecinos y por la montaña sacando á los ecos de sus casillas.

En todas las casas había un movimiento inusitado; del fondo del cofre sacaban las muchachas los *vestidos* más lujosos y los abanicos y pañuelos para la cabeza más abigarrados, no sin consagrar un recuerdo al indiano pariente á quien, por lo general, debían esas galas.

Por las carreteras llegaban apresurados carros y carretas, tirados por bueyes y por burros, llevando las improvisadas fondas ó los puestos del comercio trashumante,

En encontradas corrientes iban acercándose á la iglesia curas y feligreses: los muchachos recorrían en grupos las calles y parecían vestidos de nuevo, hasta los que tenían el mismo traje que la víspera. Y espantados de aquel rumor los gorriones y las golondrinas y los vencejos, revoloteaban en el aire sin encontrar lugar seguro donde posarse.

Pero en ninguna casa la agitación doméstica era tan activa como en la de D.^a Brígida Sarmiento, una de las principales de aquel pueblo. Doña Brígida era una viuda cincuentona, fresca de carnes, de rubicunda cara y abultado vientre, inofensiva si las hay y de carácter tan dulce, que de ella decían siempre sus vecinos, que se pasaba de buena. Jamás tuvo querrela con alma nacida, y ningún pobre llegó á sonar la campanilla de la cancela, que no quedara socorrido, aunque no fuese sino con un pedazo de pan.

Doña Brígida era muy feliz, y pasaba la vida más tranquila que ha soñado viuda alguna. Salía de casa únicamente para ir á la iglesia cuando llamaban á misa ó tocaban al rosario por las tardes; y todo su encanto eran sus gallinas; porque, eso sí, no había gallinas como las suyas en veinte leguas á la redonda. Y eso lo decía á voz en cuello la Tía Camorra todos los jueves que iba á Torrelavega al mercado para traer en su carrito los encargos de los vecinos.

Doña Brígida se vivía, como se dice vulgarmente, contemplando á sus gallinas: hasta el regato se oían sus gritos cuando el milano se cernía sobre aquella tribu alada. Y era su encanto que al cruzar por el corral, pollas, gallinas y gallo, vinieran á rodearla, cacareando alegremente y pico-teándola el delantal y la falda como si la dijeran:—«Á ver qué cosa hay para nosotras.»



Para la fiesta del pueblo, el Sr. Marqués, la señora Marquesa y la Srta. Carmen, habían ofrecido á D.^a Brígida venir á su casa uno ó dos días, y como el difunto de D.^a Brígida y ella misma, debían tan grandes favores á los Marqueses, y además eran unos señores tan buenos y tan amables, D.^a Brígida se sentía satisfecha, feliz y orgullosa con aquella distinción, porque tan buena como era, no dejaba de tener ese fondito de malevolencia que tienen siempre todas las hijas de Eva; y allá en su interior sentía un regocijo un si es no es reprochable, pensando en la envidia que iban á tenerla D. Nicolás el del Molino, las hijas del Alcalde, el Tío-Pedro, que se tenía por gran personaje, y la Tía Faustina, que siempre contaba de un viaje á Santander en el que había tratado íntimamente á la mujer de un cónsul.

Por eso D.^a Brígida y tres chicas sobrinas suyas que la servían, no daban tregua al trabajo y á los preparativos, y las alcobas estaban listas y todos los cacharros y la vajilla del comedor, limpios y como nuevos, y desde la solana hasta el pajar todo se había barrido y sacudido cuidadosamente.



Una nubecilla blanca apareció sobre la carretera: se oyó el rodar de un carruaje y el ruido de los cascabeles de los caballos.—Tía, tía, que vienen.....—gritó Regina, que estaba de atalaya, y pocos momentos después los Marqueses hacían su entrada solemne en casa de D.^a Brígida.

El *landeau* fué colocado bajo el colgadizo que servía para

los carros, y los caballos en el establo de las vacas, que se habían enviado al monte para dejar libre su sitio.

Doña Brígida condujo á los huéspedes hasta la sala, y allí, quieras que no, sacudió sus trajes, les hizo tomar una copilla de Jerez con unos bizcochos, y en seguida, poniéndose su pañuelo negro á la cabeza y para que el tiempo no se perdiera inútilmente, los llevó á la plaza, centro de todo regocijo en aquel día.

Allí había mucha gente, mucho calor, muchos gritos; las cabalgaduras y los animales tirando carretas, iban y venían cruzando entre la muchedumbre con tan poco miramiento como si aquello fuera un desierto. Y aunque no mediaba el día, ya el baile estaba armado, y al aire libre y sin más abrigo que la sombra de los árboles, hombres y mujeres bailaban unos frente á otros en dos largas hileras, sin tocarse, y *triscando*, como allí se dice, los dedos para imitar el ruido de las castañuelas. Y eso, al son de los panderos que manejaban desesperadamente dos chicas del pueblo, cantando á grito herido y con envidiables pulmones, alegres coplas de este género:

«¡Válgame Dios, marido,
Qué feo erés;
Ya no tiene remedio,
Mujer, qué quierés!»

Y luego:

«Adiós, que me despido,
Adiós, que me voy,
Si no me has conocido
No digas quién soy.»

Ni por poco tiempo consiguió D.^a Brígida que sus huéspedes disfrutaran de aquella diversión: se empeñaron en volver á la casa, y como era ya la hora del almuerzo no le pareció mal á la viuda.

Pero antes de salir de aquel emporio del comercio, la señorita Carmen, hija de los Marqueses, que contaría de edad unos trece años, se empeñó en comprar una sortija y la compró. Era de reluciente cobre con una esmeralda de vidrio, que en Madrid hubiera costado cinco céntimos, y allí se la hizo pagar el joyero por una peseta.



Alegre fué el almuerzo: Doña Brígida estaba contentísima; los Marqueses y Carmen comentaban cuanto habían visto, y preguntaban y se prometían pasar una tarde muy divertida y marcharse al siguiente día.

Como cosa muy natural, se habló de la sortija que había comprado la niña. La Marquesa quiso verla; pero por más que en uno y otro y otro bolsillo la buscó cuidadosamente la chica, todo fué inútil. La alhaja había desaparecido y en toda la casa no pudo ser hallada. Quizá se habría caído en la calle, y de tantos transeuntes, no faltaría alguno que la hubiera levantado.

Pasó la tarde, cumpliéndose el programa de diversión y entretenimiento que se habían fraguado los Marqueses; y á las ocho de la noche, contentos, aunque cansados, se sentaron á cenar.

Allí les aguardaba una sorpresa. La viuda presentó ceremoniosamente á Carmen la perdida sortija.

Lo primero que se les ocurrió á los huéspedes fué pre-

guntar dónde la había hallado; y D.^a Brígida, como quien da una lección de Historia Natural, refirió que en el buche de una gallina de las que se habían matado para la cena; porque las gallinas y los pollos se tragan los objetos brillantes, con tal de que sean pequeños; y después, aunque se pase algún tiempo, se les encuentran en el buche ó en la molleja.

Celebróse mucho el hallazgo y la noticia, y los Marqueses se retiraron á descansar.



A la mañana siguiente, D.^a Brígida escuchó en la alcoba de la Marquesa hablar muy alto, y que la señora reñía, y que la doncella que las había acompañado, respondía sollozando, y se oían las voces del Marqués y de Carmen, interviniendo también en aquella cuestión.

No le costó gran trabajo saber de lo que se trataba, porque el Marqués, tomando un aspecto grave, vino á encontrarla, diciéndole en pocas palabras, que la Marquesa había perdido una sortija á la que tenía extraordinario cariño, porque además de ser de gran valor, era un recuerdo de familia. La había buscado inútilmente y no quedaba más esperanza que la de encontrarla en el buche de alguna gallina; porque la Marquesa no se resignaba con la pérdida de la sortija, y el Marqués estaba dispuesto á pagar el precio de todas las gallinas que había en el patio, porque era preciso ver si alguna se había tragado aquella alhaja.

Cuando D.^a Brígida oyó que se trataba de matar á todas sus gallinas, no supo qué creer: le parecía que estaba soñando; que el Marqués decía aquello de chanza; que no era verdad, ó que estaba loco, cuando se atrevía á proponerle semejante cosa; y se dibujó en su boca una sonrisa de estupidez, mientras sus ojos se abrían desmesuradamente. Pero un momento de reflexión le bastó para comprender que aquélla era una espantosa verdad; quiso, haciendo un esfuerzo salvar á sus queridas gallinas, alegando que podía haberse perdido la sortija en la plaza y aun podría encontrarse.—Nada, nada—interrumpió el Marqués, en un tono que anunciaba una resolución irrevocable;—no sea usted preocupada, D.^a Brígida; para usted lo mismo son estas gallinas que otras, y éstas las pagaré muy bien y se las repartiremos á los pobres, que bastante nos lo agradecerán. La Marquesa dice que ayer en la tarde, cuando entró á esta casa, traía la sortija y se la quitó para lavarse las manos y la olvidó después; de modo que donde ha desaparecido es aquí; conque resuélvase usted y vamos á que los criados comiencen á coger algunas gallinas, porque nosotros debemos marcharnos de seguida.



Una hora después, D.^a Brígida volvía de la iglesia, á donde había ido á refugiarse para no presenciar el terrible acontecimiento.

Procuró tomar un aspecto de serenidad que estaba muy lejos de sentir, y encontró en su casa á las sobrinas medio llorosas, pero procurando también disimular. Los Marqueses estaban en su alcoba haciendo los últimos arreglos para la marcha: el *landeau* en la puerta; el cochero en su sitio; el lacayo cerca del estribo y los caballos pateando desesperados por las moscas. Doña Brígida, haciendo un esfuerzo, preguntó á las sobrinas:—¿Pareció?—¿Qué había de parecer!

—contestó una de ellas con mal humor.—La viuda se dirigió entonces lentamente al patio en que estaban antes las gallinas. Pero al llegar allí sintió que se anudaba su garganta y sus ojos se llenaban de lágrimas. Una de las chicas la seguía sin decir palabra; aquel patio, otras veces tan animado, estaba silencioso; había plumas por todas partes. ¡Cuántas plumas—exclamó D.^a Brígida!—Con razón—dijo la chica—como que el cochero y el lacayo, á palos, mataban á esos pobres animalitos.

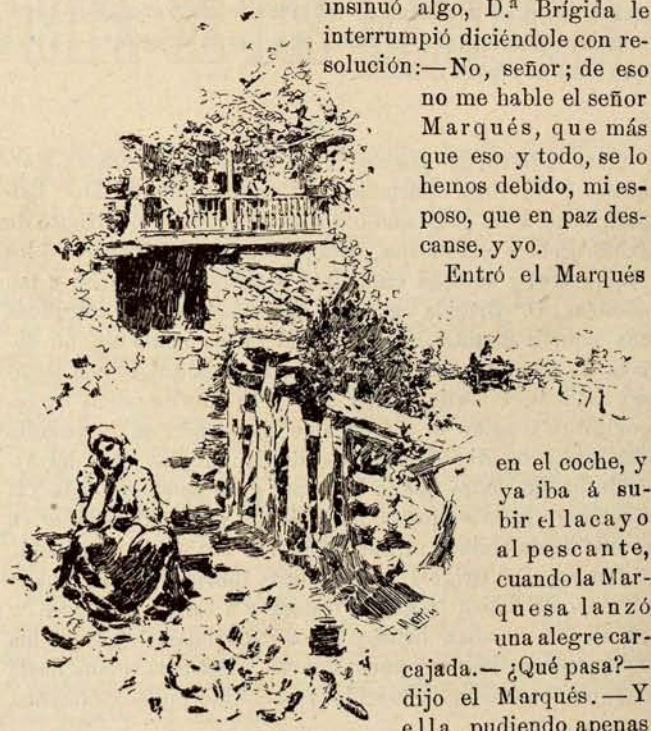
Doña Brígida se inclinó, levantó del suelo un grupito de plumas suaves y blancas como un poco de nieve y las guardó como una reliquia entre las hojas de su libro de misa. Dos gruesas lágrimas rodaron por sus encendidas mejillas, sin duda las primeras que había derramado después de la muerte de su marido. En este momento los Marqueses salían para tomar el carruaje. La viuda limpió precipitadamente sus lágrimas, y puso una cara de satisfacción que no dejara adivinar lo que ella sentía. ¿Cómo darles un disgusto por unas gallinas á aquellos señores tan buenos, que le habían hecho el favor de venir á pasar un día en su casa?

La despedida fué rápida, porque la Marquesa no quería hablar de lo pasado, y el Marqués no encontraba la manera de preguntar á D.^a Brígida cuál era el precio de las gallinas.

—Le enviaremos un regalo que valga doble ó el triple—había dicho la Marquesa—porque ella imposible que quisiera recibir el dinero.

Y en eso tenía mucha razón; porque apenas el Marqués insinuó algo, D.^a Brígida le interrumpió diciéndole con resolución:—No, señor; de eso no me hable el señor Marqués, que más que eso y todo, se lo hemos debido, mi esposo, que en paz descansase, y yo.

Entró el Marqués



en el coche, y ya iba á subir el lacayo al pescante, cuando la Marquesa lanzó una alegre car-

cajada.—¿Qué pasa?—dijo el Marqués.—Y ella, pudiendo apenas

contener la risa, exclamó como dirigiéndose á doña Brígida.—Que soy una tonta; al abrir el portamonedas, me encuentro con la sortija, que la guardé aquí y lo había olvidado.

Chascó el cochero la fusta; partieron los caballos y el carruaje desapareció á poco entre uno de los recodos de la carretera.



ORIENTAL

Era Sophí de Persia el noble anciano
 Hamin Shah; de la guerra las fatigas,
 El desvelo incesante, los peligros
 Que le brindara la fortuna esquiva,
 Y esos mil agujones que en el fuerte
 Clavan odio y doblez, miedo y envidia,
 Ni turbaron la paz de su conciencia,
 Ni extinguieron de su alma la energía.
 Nunca sordo á la voz de los deberes,
 Pero si á la bajeza y á la intriga,
 Su palacio es refugio á todas horas
 Del que ayuda ó consejo necesita,

Y no en balde grabó sobre su escudo
 Esta palabra nada más: justicia.
 Debiera ser feliz, pero le roe
 Dolor oculto que en su pecho anida
 Como serpiente que al amparo vive
 De corpulenta y elevada encina,
 Y ese dolor arranca de sus hijos,
 Contra cuya maldad en vano lidia.
 ¡Padre desventurado! puso en ellos
 Cariño y esperanza y alegría;
 Creyó engendrar leones, y son tigres;
 ¡Da la tierra feraz plantas malditas!

Una noche de invierno, mientras duerme
 Triste y callada la ciudad tranquila,
 Un oficial de guardia que le busca
 De Hamín Shah hasta el lecho se aproxima
 Despierto esta el Sophí cual de costumbre,
 Y—habla, diciendo, pues la urgencia obliga—
 Sentándose y sentándole á su lado
 La relación siguiente oyó con ira:
 —Señor, la casa de Yusuf el rico,

Que vive solo en ella con sus hijas,
 Dos hombres asaltaron hace poco
 Maldades cometiendo que horrorizan.
 Casi muerto Yusuf, y atropelladas
 Las infelices jóvenes, tu vista
 Y tu presencia contendrán acaso
 El furor de la plebe allí reunida.
 —¿Dónde están los malvados?

—Prisioneros

Los tengo en mi poder.

—¿Á qué familia

Pertenecen?

—Lo ignoro: sus disfraces

Que se avergüenzan de su acción indican.

—¿No han robado?

—Ni joyas ni monedas.

—Aun sin decirlo tú lo presumía.

Vamos pues, y á la par que de la culpa
 Del castigo se extienda la noticia.

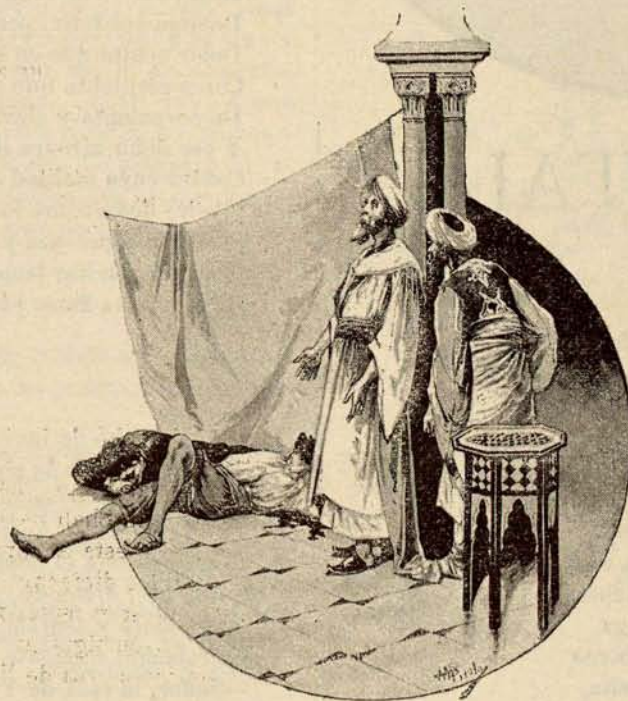
Penetró de Yusuf en la morada
 El noble Hamín, y en silenciosa fila
 Penetraron tras él cuantos curiosos
 La sangre husmean y el delito atisban.
 Tendido en un diván estaba el padre
 Que asisten dos mujeres, casi niñas,
 Y los tres del Sophí viéndose cerca
 Á sus plantas cayeron de rodillas.
 Alzó Hamín en sus brazos al herido,
 Acostóle con plácida sonrisa,
 Y besando á las jóvenes la frente:
 —Vengo aquí, dijo, para hacer justicia.
 Dos miserables del hogar sagrado

Nublaron la quietud con su lascivia,
 Desoyendo las súplicas de un viejo
 Siempre de apoyo y de obediencia dignas.
 Van á morir; mas porque en nadie vean
 De cólera ó piedad muestras distintas,
 Apágüense las luces de esta sala,
 Y cubiertos de gasa muy tupida,
 Pues ante el Juez su crimen confesaron,
 Púrgüenle con valor ante sus víctimas.

Todo en la obscuridad y en el silencio
 Quedó un instante; muda y pensativa,
 De la horrible tragedia el desarrollo
 La muchedumbre atónita seguía.
 Luego un rumor confuso fué avanzando
 Como de gentes que al andar vacilan;
 Luego de algo que lucha y se desploma.
 Sintióse la tremenda sacudida,
 Y una voz que exclamó:—Lo mismo acaben
 Cuantos del mal cultiven la semilla.—

Después las luces á brillar volvieron;
 Levantóse el Sophí, rasgó de prisa
 La tela que los rostros ocultaba
 De aquellos dos cadáveres, y fija
 La mirada en el cielo:—¡No son persas!—
 Murmuraron sus labios con delicia.
 —¿Qué sucede, Señor?—dijo á su oído
 El Gran Visir, que el gozo no se explica.
 —Que ya debo al Profeta una ventura,
 Compensación quizá de mis desdichas.
 Creí fueran autores de esta infamia
 Mis hijos, y ¿comprendes mi agonía?
 Dios de mí se apiadó; pude ser justo
 Sin ser al mismo tiempo parricida.

MANUEL DEL PALACIO.



EL PARNASILLO



que pase ahora por delante del local donde se halla establecida la contaduría del Teatro Español—antes del Príncipe—no imaginará que aquel obscuro y limitado recinto fuese hace años, hace muchos años, el centro donde se congregaban y reunían cotidianamente todas las celebridades literarias, artísticas y políticas de la época.

En tan reducido espacio, de seis de la tarde á diez de la noche en invierno, y de ocho á once en verano, acudía allí entonces á tomar café ó helados, á departir sobre literatura y otras mate-

rias, cuanto había en la corte de más célebre y famoso.

Describamos la escena, y después trataremos de los actores.

El *café del Príncipe*—pues así se llamaba el triste y obscuro antro—se componía de una sala no muy larga, aunque sí muy estrecha, terminada por un mostrador, donde los dueños del establecimiento—una mujer ya no joven, y un hombre ya viejo—entregaban lenta y pausadamente á tres mozos, por el nombre y no por la edad, lo que pedían los parroquianos.

Á la izquierda veíase otro zaquizamí miserable, amueblado con tres mesas, sitio predilecto de los que no gustaban del bullicio, de la algazara, del calor que se sentía en la estancia principal.

El adorno de ésta no podía ser más sencillo, más modesto, más humilde.

Componíase de doce ó catorce mesas de pino, pintado de color de caoba, y alrededor de ellas unas cuantas groseras sillas con asiento de paja, de las llamadas de Vitoria.

La iluminación consistía en humeantes quinqués de aceite, porque á la sazón no se usaban todavía el gas ni el petróleo; y dos ó tres espejos, con marcos de nogal, constituían todo el adorno, todo el lujo del *Parnasillo*.

Este era el nombre que familiar y vulgarmente se daba al *café del Príncipe*, por verse favorecido de diario con la presencia, así de los más insignes poetas, como de los que empezaban á la sazón á darse á conocer en el cultivo de las letras y de la poesía.



Quien no lo haya visto no puede imaginar el cuadro brillante que ofrecía aquella asamblea donde figuraban todas las notabilidades en los distintos ramos del saber humano.

Los individuos de la Academia Española, los de la de San Fernando, autores dramáticos, periodistas y aficionados á la literatura componían la inmensa reunión, que hasta encontrar asiento se agolpaba en grupo informe en el centro de la sala.

Como ésta se comunicaba por medio de puerta de cristales con la escalera del teatro, durante los intermedios de la función crecía considerablemente la concurrencia, pues los espectadores de las *lunetas*—según se llamaban en aquel tiempo las que hoy decimos butacas—venían allí á saludar á los amigos, á comunicarles sus impresiones sobre la obra que se representaba, ó, en fin, á acalorar mas con el humo de algunos cigarros aquella atmósfera asfixiante.

Cuando se estrenaba un drama de García Gutiérrez ó una comedia de Bretón de los Herreros, las noticias de los afortunados que habían logrado asiento eran acogidas con avidez.

—El acto primero se ha oído friamente—decía éste.

—El final del segundo ha alborotado—expresaba aquél.

Y de aquí se originaban disputas y discusiones ardientes sobre el género á que la obra pertenecía, el talento del poeta, y el mérito de la composición.

Escuchábase siempre allí el eco de las conversaciones, el choque de los vasos sobre las mesas, el rumor de los que entraban y salían, los gritos de entusiasmo de los que publicaban el éxito de una composición ó de un actor.

Si bien ya no eran tales disputas las de *chorizos y polacos*, de que habló Moratín, sin embargo, los partidarios de Julián Romea y de Carlos Latorre solían sostener rudas batallas en defensa de sus ídolos respectivos.

Matilde Díez y Bárbara Lamadrid, las dos principales actrices de la época, tenían también ardientes admiradores, y no carecía de ellos Teodora, hermana de la segunda, que descubría ya entonces lo que había de ser más tarde.



El *café del Príncipe* comenzaba á poblarse desde las tres de la tarde en adelante, pues como los habitantes de Madrid comían á las dos y cenaban de once á doce de la noche, eran muchos los que iban á tomar café y á charlar un rato en seguida con los amigos y conocidos.

Desde semejante hora no se veía un instante desocupado el recinto, porque al anochecer, de vuelta de paseo, entraban á saborear un sorbete ó un vaso de leche amerengada las familias de la clase media.

Pero el período de gran movimiento, de gran animación, era de siete á ocho de la noche, antes de que se levantara el telón en el antiguo *Corral de la Pacheca*.

Lo he dicho arriba y lo quiero repetir: ni una sola de las notabilidades literarias dejaba de asistir algunos minutos ó algunas horas á aquella especie de Areópago.

El primero de todos era Bretón de los Herreros, sin quitarse nunca las gafas para ocultar la falta del ojo izquierdo: venía detrás Ventura de la Vega, poeta y diplomático, que despachaba expedientes por la mañana en el Ministerio de Estado, y por la noche escribía inspirados versos en la soledad de su aposento: no tardaba en aparecer Juan del Peral, tan feo como elegante, tan holgazán como ingenioso; más conocido por sus aventuras amorosas que por sus composiciones dramáticas.

Dos poetas egregios, que por fortuna aún viven, José Zorrilla y Ramón Campoamor, con sus melenas negras como el ébano el primero, y rubias como el oro el segundo, venían á animarlo todo con su viveza y su alegría.

Zorrilla acababa de estrenar *El Zapatero y el Rey*, y Campoamor de publicar su primera *Dolora*, y ambos eran objeto de verdaderas ovaciones.

D. Juan Nicasio Gallego dejaba oír su voz estentórea, aplaudiendo ó censurando con autoridad irrecusable; y Gil y Zárate, al lado de su hermano Isidoro, reñía á éste cariñosamente porque no empleaba su inteligencia sino en traducciones de comedias francesas.

García Gutiérrez, que no se reía nunca, formaba grupo con Rodríguez Rubí y Eusebio Asquerino, cuyo humor festivo contrastaba con el del autor de *Simón Bocanegra*; Florentino Sanz andaba de aquí para allí, sin sentarse nunca, derramando los tesoros de su vena cómica, que no sólo ostentaba en la escena; Adelardo López de Ayala en los principios de su doble carrera literaria y política se hacía notar por su gallarda presencia y su peregrino talento; en fin,

Manuel Cañete, convencido de que no era autor dramático, proclamaba las excelencias de la crítica para corregir los extravíos teatrales.



No he nombrado todavía á dos de los más asiduos concurrentes al *café del Príncipe*, á quienes debí citar de los primeros: —al egregio, al inmortal poeta D. José de Espronceda y á su inseparable amigo y compañero D. Miguel de los Santos Álvarez.

Ambos eran acogidos siempre con vivas demostraciones de agrado y simpatía: el uno por la brillantez de su imaginación, que prestaba interés á sus ideas y opiniones; el otro por el gracejo y el donaire de que hacía gala, sin ridícula afectación y con verdadera naturalidad.

Espronceda poseía cuanto se necesita en sociedad y en el mundo para ocupar puesto preferente: su fisonomía noble y expresiva; su cabeza *byroniana* —si se admite la frase;— su figura elegante y *distinguida*, según decimos ahora, todo reuuido contribuía á la posición excepcional que había conquistado.

Como poeta inspirado, vigoroso, enérgico, no tenía rival: había dado pruebas de escribir en prosa con no menos fortuna que en verso, y por su carácter independiente, generoso y leal era admirado y respetado de todos.

La casualidad me hizo conocer á Espronceda cuando yo acababa de cumplir diez y seis años y él pasaba de los treinta.

Era yo entonces un pobre muchacho, tímido y desconocido, que ocultaba como un crimen sus aficiones literarias; que escribía para mí solo, sin atreverme á leer los humildes ensayos ni á las personas de mayor confianza.

Excitáronmela en Espronceda la benevolencia, la bondad que me demostró desde el principio, y una noche—en una tertulia á que concurríamos los dos—me arrancó la confesión de que tenía escrito un drama.

—Mañana me lo leerás—me dijo en un tono que no admitía réplica.

—Le voy á fastidiar á usted—repuse poniéndome sucesivamente pálido y colorado.

—No importa—añadió;—me lo leerás.

Y en efecto, á la tarde siguiente, cortado, trémulo, balbuciente, le di á conocer mi primera obra dramática: *Emilia*.

Cuando hube terminado, me dijo solamente:

—Esta noche te presentaré á Romea, y quizá mañana le daré á conocer tu obra yo mismo: pues no lo digo por adularle, pero lees malditamente.

Con efecto, pocas horas después, acompañado de mi ilustre padrino, entraba en el famoso saloncillo del gran artista, lleno de miedo, de zozobra, de emoción.

La acogida que me hizo Romea no pudo ser más afectuosa y cordial.

—Temprano empieza usted la batalla—exclamó estrechándome las dos manos;—pero confío, por lo que me dice Pepe, que tendrá fuerzas para alcanzar la victoria.

Á la tarde siguiente leía Espronceda mi drama en la morada de Julián Romea.

¡Con cuánta expresión, con qué voz tan maravillosa, con



Á LAS CARRERAS.—Cuadro de E. Debat Ponsan.

qué acento tan dramático, dió á conocer mi primera tentativa escénica! ¡Cómo hizo resaltar las principales situaciones de la composición! ¡Cómo puso de relieve lo que podía prestarle interés!

Cuando hubo concluido la lectura, Romea, que había permanecido impassible, inalterable, durante ella, se levantó, y me dijo únicamente:

—Bien, joven, bien.

Después de un momento, añadió, dirigiéndose al autor de *El Diablo Mundo*:

—Vamos á repartirla, ¿te parece?

Y habiendo contestado su interlocutor sólo con un movimiento de cabeza, procedió en seguida á escribir en un papel, con su letra clara y excelente, los nombres de los personajes y los de los actores encargados de representarlos.

Eran aquellos su mujer la famosa Matilde Díez, Teodora Lamadrid, la característica Jerónima Llorente, Julián, su hermano Florencio y un actor que no ha conocido la presente generación, y al cual la prensa llamaba siempre el *concienzudo* Sobrado.

Quince días después se ponía en escena *Emilia*, con éxito debido, más que nada, á lo admirable del desempeño.

Matilde Díez, en la plenitud de sus facultades y de su talento, electrizó al auditorio; Teodora Lamadrid empezó á descubrir que era algo—mucho más—que dama joven; y Romea, en un papel de no gran lucimiento, supo convertirlo en una verdadera creación.

Pueden imaginarse mi temor primero, mi júbilo después. Pero no se hallaba menos agitado, menos conmovido que yo el que fué mi protector y mi Mecenas.

Cuando el público pidió el nombre del autor, Espronceda se acercó á mí, me estrechó cariñosamente entre sus brazos, y me dijo en un tono que no he olvidado jamás, ¡tales eran su efusión y su sinceridad!:

—¡Anda, chiquillo, que hemos triunfado!

Después, al volver al cuarto de Romea, loco de alegría y de satisfacción, fué presentándome sucesivamente á cuantos estaban allí, y más tarde, concluido totalmente el espectáculo, bajó conmigo al *café del Principe*, y repitió la misma operación con los que allí estaban todavía.

—Desde hoy—agregó al separarnos—tienes tu puesto ya en *El Parnasillo*.



En efecto, volví á la noche siguiente, y todas las demás, tomando parte en las discusiones literarias; haciendo amistades que sólo han terminado con la muerte; contrayendo vínculos que no se han disuelto jamás.

No se imagine ni se crea que al *café del Principe* asistían sólo poetas y escritores: muchos personajes del gran mundo venían con frecuencia á cultivar el trato de los hombres de talento.

El Marqués de Santiago, el de Povar, el Conde de Salvatierra, el Duque de Villahermosa y otros muchos formaban parte á menudo de la bulliciosa y alegre reunión.

También durante los entreactos de las obras que se ponían en escena solían entrar personajes y hombres políticos importantes á departir con sus conocidos, ó á contemplar el cuadro que ofrecía el ahumado salón, lleno enteramente, hasta el punto de que á veces no era posible penetrar en él.

Los únicos seres humanos que no se permitían satisfacer su curiosidad eran las mujeres, las cuales, á lo sumo, se detenían delante de la puerta por la parte exterior, diciéndose unas á otras:

—Mira, aquél es el Duque de Rivas, autor de *Don Álvaro*.

—Aquél es Roca de Togores, autor de *Doña María de Molina*.

—Aquél Eulogio Florentino Sanz, autor de *Don Francisco de Quevedo*.

¡Ay! ¿Por qué con el transcurso de los años, con las vicisitudes de los tiempos, desapareció aquel centro, donde se creaban amistades sólidas, donde se establecían relaciones íntimas, donde literatos y artistas vivían en excelente armonía, en perfecta comunidad de ideas?

Lo más triste, lo más doloroso, es que de aquella pléyade de autores, de poetas y de periodistas, sólo viven aún Ramón de Campoamor, José Zorrilla, Miguel de los Santos Álvarez y

RAMÓN DE NAVARRETE.



SONETOS

I.

El Pesimista.

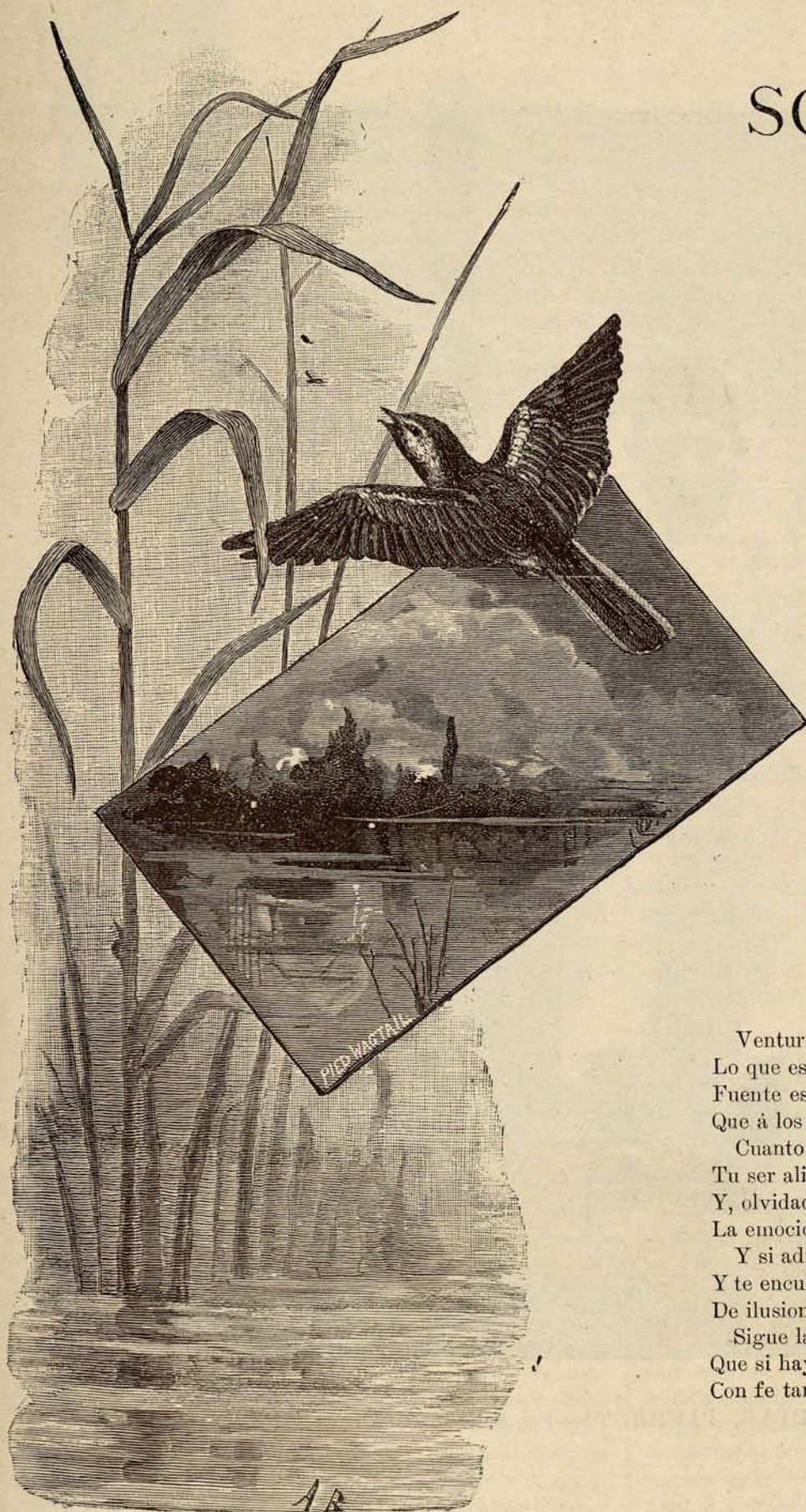
Como el cielo obscurecen nubes densas,
Te anubla el alma condición sombría;
Tu espíritu de todo desconfía,
Y aun tomas los halagos por ofensas.
Ofrece al corazón dichas inmensas
La magia de risueña fantasía:
Viene tras de las penas la alegría,
Y no todo es perverso, como piensas.
Tan sólo ves del mundo la amargura;
Que quien todo de sombras lo reviste,
No halla ilusión, ni gloria, ni ventura.....
Huyen de ti la calma y el contento,
Y en esa lucha dolorosa y triste
Tu verdugo es tu propio pensamiento.

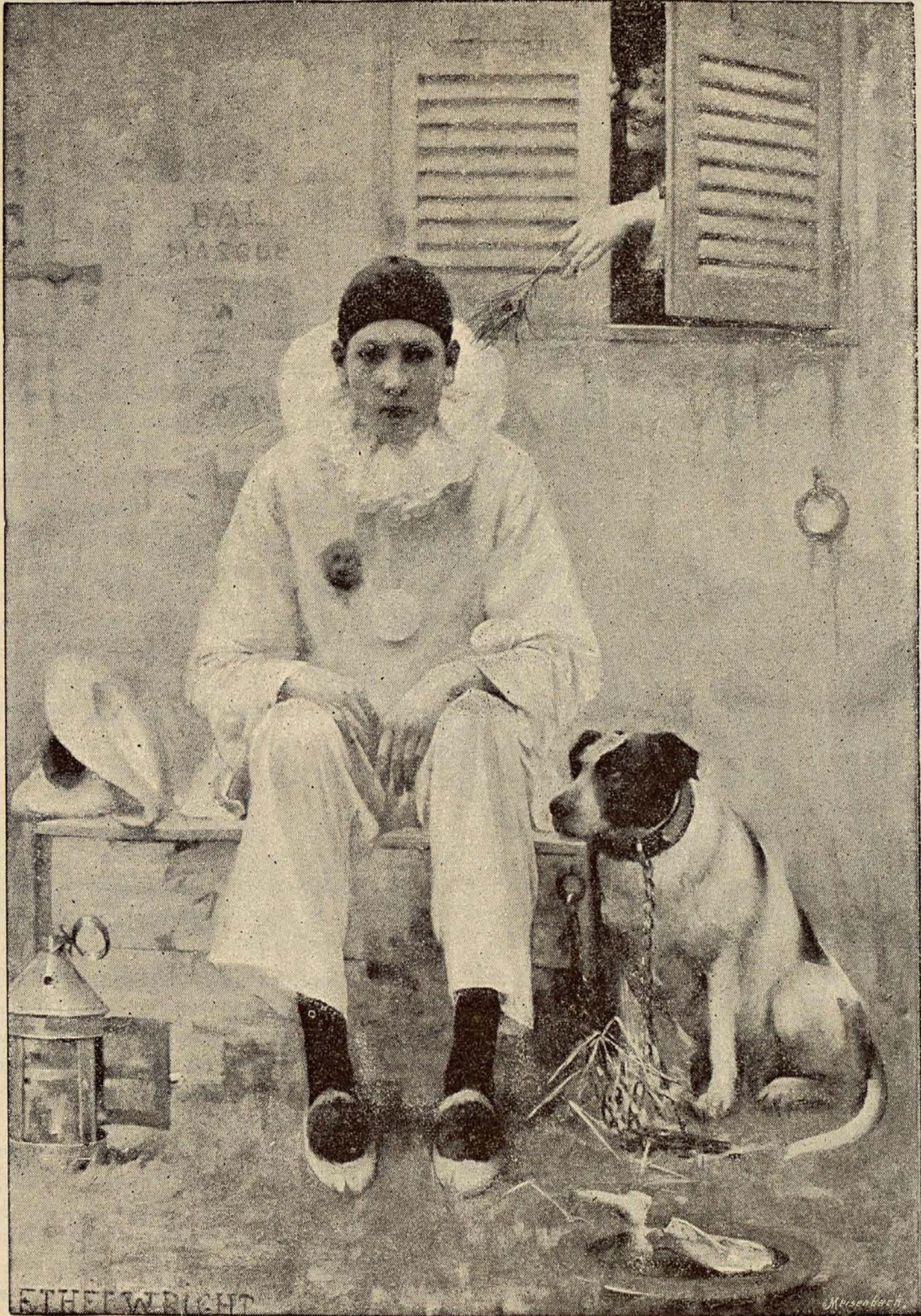
II.

El Optimista.

Venturoso mortal, sólo te inspira
Lo que es hermoso, espléndido y ameno:
Fuente es de dicha la ilusión del bueno,
Que á los encantos del vivir conspira.
Cuanto bondad y júbilo respira
Tu ser alienta, de malicia ajeno;
Y, olvidado del mal, hierve en tu seno
La emoción del que siente y del que admira.
Y si admirar y amar es tu destino,
Y te encubre lo pérfido y lo inmundo
De ilusiones sin fin velo divino,
Sigue la luz del bien y la esperanza;
Que si hay alguna dicha en este mundo,
Con fe tan sólo y con amor se alcanza.

EL MARQUÉS DE VALMAR.





¡BUENOS DÍAS, PIERROT!—Por Miss Ethel Wright.



NOTAS DEL ACASO

I.

En un rincón solitario, á medio tiro de fusil de una pequeña ensenada defendida de los vientos por un círculo de montes, levantábase una casita blanca, emboscada entre salgones y nogales y tapizada de trepaderas multicolores. Oíase desde allí, venido de abajo, el barullo del mar, que gemía á veces con un largo sollozo melancólico, y bramaba otras con un clamor trágico; pero que, gimiendo ó bramando, su voz arrullaba siempre aquella casita blanca, tapizada de trepaderas multicolores y emboscada entre salgones y nogales.

II.

Allí nació Carmen durante uno de los viajes redondos de su padre, un bravo marinero de contextura sólida, brazos y pecho de atleta, rostro ingenuo rodeado de una sotabarba negra, lucida, enmarañada, y liso de alma como un mástil. Llamábase Francisco ó *Quico*, que por ambos nombres respondía.

Contaba él, y era su idea fija, encontrarse á la vuelta con un grumetillo en ciernes, ágil y travieso, que con el tiempo fuera capaz de coger un rizo con un vendaval por la popa; pero se encontró con una niña fuerte, llenota, robusta; un bloque de carne blanca y rosada como un rollo de espuma teñido por la aurora, y tan bonita, que el hombre no echó de menos el cambio, sobre todo después de pasarse todo el santo día haciendo saltar á la pequeñita entre sus manazas callosas, y obligádola á meter los piececitos rechonchudos entre la breñosa barba curtida por mil nordestes duros y rachas achubascadas.

La muerte prematura de la madre de Carmen cortó brus-

camente la serie de viajes de él, que, diciendo adiós para siempre al barco donde tantos años navegó, entregóse al cuidado de la niña todo el tiempo que le dejaba libre la pesca de altura, á la que se dedicara para ayudar al sostén de aquel ser pequeñito y de aquella casita alegre y bien soleada y cubierta de flores como novia que á desposarse va. El único sentimiento que de vez en cuando le escarbajeaba, era no remontarse en las costeras del besugo y bonito, algunas millas más allá del abra, para descortinar el horizonte y encontrarse de lleno brazo á brazo con su antiguo compañero, cuyo mirar y genio comprendía tal vez ó mejor que el de su hija.

III.

Todo iba marchando á las mil maravillas. Carmen crecía y se desarrollaba que era una bendición. Entre quiñones de limonaje y pesca, *Quico* había llegado á reunir un buen peculio, que cada día que pasaba aumentaba de volumen, escondido entre jarcia y velamen viejo retirado por inútil en el desván de la casita. Para que todo corriese como la seda, la muchacha, que ya entraba en los diez y siete años—veinticinco por lo hermosamente hechos—se vió solicitada por un primo suyo, joven y buen mozo, que en la República Argentina ocupaba brillante posición, con todas las trazas de llegar á ser un capitalista de fuerza. Hubo consultas, mediaron cartas y retratos, emitieron parecer los notables del pueblo; dos indianos con dinero, el cura, el maestro de escuela, la tertulia de la botica en pleno, votaron por que no se desdijese al pretendiente; positivamente el casamiento se llevaba á cabo. El inconveniente del viaje no era cosa mayor, sobre todo para *Quico*, que arregló todos los detalles de la

marcha con la secreta alegría de volverse á encontrar, durante algún tiempo, sobre los lomos del Océano, del verdadero, no de aquel otro gruñón y cascarrabias que se pasaba todo el año echando espumas sobre los acantilados y morros roqueros de la costa. Claro está que se embarcaron con la promesa de que, pasado algún tiempo, volverían todos en viaje de placer, siquiera por sacudir el polvo á la casita blanca escondida entre salgores y nogales y tapizada de trepaderas multicolores. Un día zarparon.....

IV.

Llevaban unos cuantos días de viaje plenamente engolfados. Eran las once de la mañana, y un buen sol de verano, sol de Junio, dejaba caer sus rayos calientes sobre el entrepuente del trasatlántico, que oscilaba mansamente al acompasado movimiento que le imprimían los paletazos de la hélice puesta á media marcha.

Á bordo y hacia la proa oíase un ruido infernal, un vocerío intenso que no se interrumpía, compuesto de gritos, lloriqueos, exclamaciones, cantares. La campana, dando la señal del almuerzo, había arrojado sobre aquella parte de la cubierta un amontonamiento de seres humanos informe y degradante que en promiscuidad repulsiva asustadora, corría de un punto á otro con las cacerolas de zinc en las manos. Eran emigrantes que huían del patrio terruño en busca de una fortuna..... ¡Una fortuna..... pobres!.....

Casi al mediodía, y cuando el calor era más intenso, comenzó á debilitarse el bullicio que reinaba sobre cubierta, y de allí á poco un silencio tétrico se extendió por todo el buque, hasta el punto de oírse perfectamente el cadencioso respirar de la máquina.

Por la escotilla de la cámara de segunda surgió un grupo extraño: una joven pálida como la cera batida, recostada en una silla y llevada en brazos por dos robustos marineros, seguidos por el médico y el capellán, y por otro pasajero que, con los brazos caídos y el gesto alelado, andaba con paso tambaleante é inseguro. El grupo hizo alto en la sobrecubierta de popa defendida del sol por amplia lona tendida en toldo; y con grandes cuidados depositaron á la enferma en el centro del piso, mientras el pasajero citado se dejaba caer como una masa inerte contra el pivote de la brújula.

V.

No hubo remedio para la triste criatura. La tifoidea, cebándose traidoramente en aquel hermoso cuerpo, á más bello destino llamado, acabó con Carmen y con las energías de *Quico*, que recibió de rebote en sus pupilas antes de perderse en el azul del cielo, la última mirada de la pobre niña. Insensible al parecer, cogido de un mutismo feroz, huraño, asistió al acto de colocar á su hija sobre la tabla féretro que habíala de acompañar en su viaje á través del Océano. Únicamente, cuando por un rasgo delicado del capitán, la vió envolver en blanquísimo lienzo, sobre el cual se arrolló como una mancha de oro y sangre la bandera española, salió de su garganta un rugido y cayó de rodillas, moviendo epilépticamente los labios, que no articularon palabra alguna.....

VI.

Venía el viento de proa arbolando la mar, enroscándose en la jarcia y haciendo gemir los masteleros. La campana de á bordo, lentamente agitada, mezclaba sus notas metálicas y plañideras al mugido constante del oleaje, que se estrellaba hirviendo y espumoso contra las amuras del barco. Los balances acentuábanse cada vez más. Las nubes, entonadas de un color plumizo sucio, iban acumulándose hacia el horizonte, cortado aquí y allá de claridades súbitas denunciadoras de un día más que despertaba. Los tripulantes comenzaron á surgir de las escotillas, distribuyéndose por sus puestos, graves y silenciosos. El segundo contra-maestre se acercó, y con voz grave y emocionada, que contrastaba con la rudeza de sus facciones, dió algunas órdenes. En la mano traía algo que parecía guirnalda, tejida con algas, y depositóla sobre la cabeza de la difunta. ¡El mar no ofrece otras flores!

VII.

Allá quedóse el cuerpo de Carmen dando vueltas en el remolino que formaba el agua azotada por la hélice del vapor, que siguió su marcha inalterable y majestuoso.

El pasaje, borrada la primera dolorosa impresión, había vuelto á su vida normal. De *Quico* nadie se acordaba apenas, pasando inadvertido entre los marineros con los cuales formaba rancho.

La tarde era de calma; el poco aire que reinaba no lograba rizar el mar. La escasa lona tendida colgaba flácida del aparejo. Sólo funcionaba el viento almacenado en las calderas del vapor. La dotación, tendida sobre el castillete de proa, fumaba distraendo los ocios con recuerdos de tierra é historietas que algún narrador contaba con cierta gracia. Los ojos cerrábanse amodorrados por el silencio, por el calor. *Quico* había trepado por una escala hasta ponerse á horcajadas sobre una verga. Desde allí parecía contemplar con delicia la línea azul del cielo que en el horizonte se fundía con las aguas. De pronto viósele perder el equilibrio, dar media vuelta, atravesar como una bala el espacio y desaparecer engullido por el Océano. Una sábana de aguas se cerró sobre él; y cuando la marinería ansiosa echóse sobre las bordas para distinguir al naufrago y prestarle socorro, del cuerpo de *Quico* no quedaba ni rastro.

VIII.

La embarcación, fuertemente impelida por el motor que en sus entrañas llevaba, cortaba las ondas, que se discriminaban espumosas contra el tajamar; el crepúsculo vespertino avanzaba, y en el firmamento parpadeaban ya las primeras estrellas viendo aquel buque que pasaba cubierto de hombres arrodillados que rezaban, de una tremenda emoción cogidos, por las almas de aquellos que ya no volverían á ver la casita escondida entre salgores y nogales y tapizada de trepaderas multicolores.....

V. LASTRA Y JADO.

PALOMINEMOS

POR EL DR. THEBUSSEM

En el *Almanaque de la Ilustración Española y Americana* del año de 1891, publiqué con el nombre de *Artículo Nominal* un ligero escrito tratando superficialmente de los apellidos castellanos. Muy distante me hallaba de que tales renglones pudiesen causar á nadie pesadumbre ó enojo, cuando recibo carta con la firma, para mí desconocida, de *Un Bachiller*, en la cual se muestra quejoso y enfadado con algunas de mis proposiciones.

Fijaré la cuestión con la amplitud y claridad posibles como si se tratase de un litigio de importancia, aun cuando el asunto no pasa, á mi ver, de juicio verbal con avenencia de las partes.

El periodo de mi artículo que ha escocido á la contraria es el siguiente:

«La *Gramática* de la Academia Española dijo en su edición de 1874, pero no lo repitió en la de 1880, que en la ortografía de los apellidos se respetase la práctica de las familias, pero sin adoptarla como ley. Es, pues, lícito escribir *Velásques* con S ó *Velázquez* con Z, *Faxardo* con X ó *Fajardo* con J, etc.

»¿Autorizará este buleto de la Academia para que con una palabra se formen dos? Y hago esta pregunta para decir que considero al apellido *Palomino* (salvo el parecer de los reyes de armas) como derivado del *pollo de la paloma*. Ni dicho nombre despierta ideas mal olientes, ni pasa de ser vulgaridad aquello de que

Palomino que no sea *Rendón*
Es *palomino* de canisón.

»De manera que si tal nombre de familia, hidalgo é ilustre en artes y letras, siempre ha constituido una sola palabra, ¿será lícito, como hacen algunos, convertirlo en dos escribiendo *Palo Mino*? ¿No pierde más que gana el apelativo con la voz *Mino* usada solamente para llamar á los gatos? Creo que si á los Palominos se les otorga este privilegio de división, no deberá negársele á los Benavides, Magallanes, Corominas y Marmolejos el derecho de firmarse *Marmo-Lejo*, *Coro-Mina*, *Maga-Llanes* y *Bena-Vides*.»

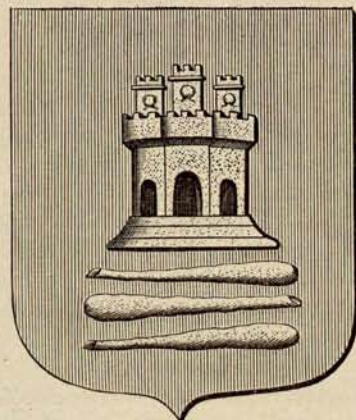
De estos renglones, y después de mucha prosa que parece no venir al caso, deduce mi *Bachiller* los corolarios que copio:

«1.º Que los apellidos son cosa privada, y que el Doctor Thebussem no ha debido ocuparse públicamente de semejante materia:

»2.º Que el Doctor trata de ridicularizar á los *Palominos*, los cuales están en su derecho escribiendo su apellido con la partícula *DE*, ó como lo crean conveniente; y

»3.º Que aun siendo mucha la sabiduría del Dr. Thebussem (*mil gracias por la flor*), ignora que *Palomino* es un apellido y *Palo-Mino* es otro, pues este último, según podría demostrar con documentos oficiales, se funda en que Nuño Royz y sus dos hermanos, en cierta batalla dada contra los moros, *minaron* el castillo enemigo, valiéndose para ello de unos *palos*. Que la formación del apellido se origina en dicho suceso, y se deriva del verbo *minar* y de *palo*. De aquí *Palo-Mino*, ó *Palo-Minó*, con acento en la última letra. Si Thebussem conociera el escudo de armas de *Palo-Mino*, sabría que lleva, como recuerdo de su hazaña, un *castillo y tres palos de oro en campo gules*, con una letra que dice:

Los tres hermanos minaron
Y el castillo conquistaron.



»Nada, pues, tiene que ver el chistoso *mino* de los gatos que inoportunamente saca á colación el Doctor, con este formal asunto.»

Hasta aquí lo alegado por el *Bachiller* mi señor. Yo ignoraba, y ya lo sé para otra vez, que los apellidos son cosa privada y que no es lícito tratar públicamente tal materia. De modo que los libros de genealogías y linajes, y hasta las *Memorias* de Ríos y Godoy Alcántara, premiadas por la Academia Española, son obras que debieran incluirse en los expurgatorios. (Traslado á la Academia y al Tribunal de la Rota).

Aun cuando mi contendiente no marca la época en que *Nuño Royz* y hermanos minaron el castillo, creo, por lo poco que se me alcanza de lingüística, que mejor que *minar* hubieran dicho las gentes de aquel tiempo moruno

afoyar,
foradar,
frezar,
furacar,
socavar,
zahondar, etc.,

y por consecuencia el nombre de familia hubiera sido

Paloafoyo,
Paloforado,
Palofrezo,
Palofuraco,
Palosocavo,

Palozahondo, etc.; palabras todas, no solamente limpias é inmaculadas, sino también altas, sonoras y significativas.

Abandonando estas inútiles disquisiciones, debemos fijar como punto de partida que hay dos linajes de *Palomino*: los nacidos de la *paloma*, y los oriundos de la *mina*, ó sean animales y minerales. El plural de los primeros, fácil de formar, es *Palominos*. No así el de los segundos, pues como la mitad del apellido es verbo, según leamos *mino* en presente de indicativo, ó *minó* en pretérito perfecto, el plural deberá ser *palominan* ó *palominaron*. Mientras no se determine cuál de ambos sea el gramatical (cosa que ni el mismo *Bachiller* sabe), dividiré interinamente á los *Palominos*, para los efectos de este artículo, en ovíparos y vivíparos. De los primeros, que son los conocidos por mí y los que siempre he hallado en la historia, dicen los nobiliarios lo que sigue:

PALOMINO.—A mediados del siglo xv floreció y se distinguió en las armas Juan Alonso Palomino, padre de tres esforzados guerreros que se señalaron al servicio del rey Don Enrique IV, llamados Pedro, Gonzalo y Rodrigo Palomino, de quienes descienden los hijosdalgo de Andújar de este apellido. Hacia la misma época florecían en Madrid varios caballeros de este mismo apellido, siendo uno de los principales Juan Palomino, cuya casa era entonces de las más antiguas y calificadas. Las armas de Palomino son: escudo de oro partido por un palo ó bastón de sinople, acompañado de dos calderos de sable; bordadura de gules y ocho aspas de oro.

A estos *Palominos* (cuyo blasón discrepa del señalado por el *Bachiller*) entiendo que pertenecen los individuos siguien-

tes, que acabo de entresacar de algunas obras que he tenido á mano:

El Coronel Palomino: Sostuvo un desafío en Castel Gandolfo, con el célebre Diego García de Paredes, siendo jueces el Gran Capitán y Próspero Colona. De una cuchilla la cortó Paredes á su adversario el brazo derecho, que cayó al suelo con la espada, la cual recogió Palomino con el izquierdo, según nos refiere D. Tomás Tamayo de Vargas.

El Bachiller Francisco Palomino: Tradujo al castellano en 1529 la *Batalla ó pelea del ánimo, que compuso en versos latinos el poeta Aurelio Prudencio Clemente*.

Diego Palomino: Autor del dibujo titulado *Traza que acompaña á la relación de las provincias que hay en la conquista de Chuquimayo, hecha por Diego Palomino su descubridor, en el año 1549*. (Original en la Real Academia de la Historia).

Juan Alonso Palomino: Esforzado capitán, que tanto y tan bizarramente figuró con Almagro y Pizarro en Panamá y el Cuzco, y que falleció en 1553.

Don Gómez Palomino: Veinticuatro de Jaén en 1588.

Pedro Palomino: Asistió á la armada *Invencible*, á bordo de la nao *Santa María del Juncal*, mandando treinta y siete soldados del tercio de D. Agustín Mexía, el año de 1588.

El Licenciado Diego Palomino: Escribió un *Epilogo y breve historia donde se prueba ser la ciudad de Tarifa la Carteya de los antiguos, de donde fué obispo San Hiscio*. (MS. en la Bib. Colombina).

Alonso Palomino: Figura entre los poetas que cantaron la beatificación de Santa Teresa de Jesús, según resulta del *Compendio de las solemnes fiestas*...., escrito por Fray Diego de San Joseph, é impreso en Madrid el año de 1615.

Don Antonio Palomino de Castro: Autor de los importantes libros *Explicación de la idea que se ha discurrido y ejecutado en la pintura del presbiterio de la iglesia de San Juan* (Valencia, 1700) y de *El Museo pictórico y Escala óptica* (Madrid, 1715 y 1724).

Don Alonso Palomino: De ilustre linaje de Zamora y regidor perpetuo de dicha ciudad en 1749.

Pedro Palomino: Nombrado, por su experiencia y fidelidad, lector de las listas del correo de Madrid en 1756.

Don Juan Fernando Palomino: Grabó en 1787 el mapa de las carreras de postas de España, dedicado al Conde de Floridablanca por D. Bernardo Espinalt y García.

Don Tomás Palomino: Escribió en 1796 una obra, que no llegó á imprimirse, intitulada *Puntos históricos de Xerez de la Frontera*.

Manuela Palomino: Natural del Puerto de Santa María, y graciosa del teatro de Sevilla en 1812.

Existen voces prolíficas para la formación de apellidos. Del *Pino* y de su fruto parece que se derivan Pinal, Pinar, Pinazo, Pineda, Pinedo, Pinillo, Pinilla, Piña, Piñal, Piñana, Piñeiro, Piñera, Piñero, etc.; de la *Higuera*, Higueros, Figueras, Figueral, Figueira, Figueredo, Figueroa, Figuerola, etc.; del *Manzano*, Manzanas, Manzanedo, Manzanilla, Manzanera, Manzanque, Manzanares, etc., y del *Palomo* no tan sólo deben venir los ya citados Palominos, sino también estos individuos que siguen:

Mosen Joseph Paloma: Autor del MS. titulado—*Catálogo de los obispos y arzobispos de Valencia en 1763*.



UNA ESCUELA..... SISTEMA ANTIGUO.—Por J. Jiménez.

Juan Palomar: Capitán que se hallaba encargado en 1581 de levantar gente para la conquista de las Azores.

Francisco Palomo: Individuo del cabildo de Mérida de Yucatán en 1563.

Manuel Palomo: Afamado torero de á pie, según reza el cartel de las fiestas celebradas en Sevilla por abril de 1763.

Don Francisco de Borja Palomo: Distinguido escritor y catedrático de la Universidad de Sevilla, que falleció hace pocos años.

Juan Palomo: El célebre de *yo me lo guiso y yo me lo como*.

Jacinto Palomares: Autor del *Destierro de pronósticos y discursos sobre los días caniculares y eclipses de sol y luna, dirigidos á Dios*—Tarragona, 1613.

Don Francisco Xavier de Santiago Palomares: Compuso el afamado libro *Arte nueva de escribir*—Madrid, 1776.

Diego Palomeque: Autor de una poesía del *Cancionero* del último tercio del siglo xv y principios del xvi, que procedente del Colegio mayor de Cuenca, pára hoy en la biblioteca de cámara de S. M. el Rey de España.

Don Antonio José Palomeque: Regidor de Toledo en 1761

Don Lucas Palomeque: Director general de Correos desde 1799 á 1806.

Juan Palomeque el Zurdo: Armó caballero á Don Quijote y ayudó á mantear á Sancho Panza.

El Licenciado Palomeque: Seudónimo del célebre bibliófilo Gallardo.

Y suponiendo que la lista anterior, que sería fácil aumentar, basta y sobra para honrar y enaltecer á los apellidos que en ella se contienen, y á cuantos del *Palomo* desciendan, debo repetir al Sr. *Bachiller* la opinión del gran filólogo Benot, el cual dice *que los vocablos son organismos vivientes.....; que tienen su historia....., y que sólo es lícito usarlos en las acepciones con que el progreso de los tiempos los ha consagrado*.

La eufonía, que se resiste al destrozo de vocablos hechos y derechos, convida y aprieta muchas veces á formar una palabra con las dos ó más que la constituyen. Por eso las conglutinan el uso y el Diccionario, escribiendo

Besalamano (sustantivo),

Cortafrió,

Cortaplumas,

Ferrocarril,

Malcomer,

Malparir,

Paraguas,

Paternóster,

Portafusil,

Quitasol,

Sacabocado,

Tedéum,

Tirabotas,

Veintiocho, etc., etc.

La generalidad de los apellidos compuestos se escriben también con un vocablo, según lo practican los franceses en Lacroix, Lachambre, Lavigne, Legrand, Lenoir, etc.; y los españoles en

Casanova,

Casasola,

Castrofuerte,

Lacalle,

Lafuente,

Latorre,

Montemayor,

Parraverde,

Sampelayo,

Sanjurjo,

Santisteban,

Sotolongo,

Valdecañas,

Valdepeñas,

Valderrama,

Villafranca,

Villanueva, etc., etc.

Y hago esta observación para manifestar que, teniendo en cuenta la nueva etimología señalada á los *Palo-Mino*, pudieran éstos sustituir, previos los requisitos legales, el verbo *minar* por los sustantivos *mina*, *minador* ó *minero*, y apellidarse *Palo-Minero*, *Palo-Minador* ó *Palo-Mina*. De este modo resultaba claro el origen histórico del nombre, y sin equivocarse en la oratoria un Palomino con otro Palo-Mino, que algo debe ir de Pedro á Pedro y del plural *Palominos* de los primeros, al *Palo-Minan* ó *Palo-Minaron* de los segundos.

Yo me figuro (y quizá sea un disparate lo que voy á decir) que además de la eufonía *del oído*, existen otras especies de eufonías que pudieran llamarse físicas, morales ó intelectuales. La pintura ó la escultura en que el mejor artista nos representase el cadáver desnudo, lívido y sanguinolento del ajusticiado, parece que debiera ser repulsiva á nuestros ojos. Y sin embargo, la costumbre y las creencias religiosas nos hacen amar, besar, adorar y venerar la bendita imagen del Crucificado, separando del ánimo hasta la más ligera sombra de asco, de horror y de repugnancia.

Ni en la ostra, ni en el embuchado, ni en la trufa, ni en el jamón, hay más hermosura que aquella que le conceden y tributan los gastrónomos.

Me parece imposible que á un paladar virgen pueda agradarle, de buenas á primeras, el tabaco, la mostaza, el Roquefort ó el vino manzanilla.

Por causas que pueden relacionarse con estos ejemplos, llegan las palabras á tener su sitio, su ocasión y su lugar acomodado en el trato social de cada época, la cual marca por torpes á tales ó cuales vocablos, cuando no se usan del modo conveniente. Quizá tachasen hoy de escasa atildadura á la persona que hablando con damas de esmerada crianza dijese *pata*, *barriga*, *parto*, *capón*, etc., á no introducir dichos términos en locuciones semejantes á la *PATA la llana*, de *cuarenta para arriba no te mojes la BARRIGA*, el *PARTO de los montes*, á quien te da el *CAPÓN*, *dale la pierna y el alón*, etc.

La nomenclatura de los sexos es otro de los escollos de la lengua castellana. *Hembra* significa mujer, y *macho* no quiere decir varón. En las clasificaciones de la estadística se divide la gente en *varones* y *hembras*. Los códigos usan las mismas palabras, y además las de *marido* y *mujer*. La doctrina cristiana, las cárceles, los presidios, los hospitales, los baños de mar y río, y los templos, cuando para ciertas

funciones conviene la separación de sexos, los llaman *hombres* y *mujeres*. Los ferrocarriles, teatros, fondas, bailes, saraos y anuncios de tiendas, usan las palabras *señoras* y *caballeros*. Las de *dama* y *galán*, apenas tienen uso fuera de los cómicos. Existe la escuela de *niñas* llamada *amiga* y no hay el recíproco *amigo* para los *niños*. Son vulgares los colegios y academias de *señoritas*, y no los hallamos de *señoritos*.

La epístola de San Pablo dice que ni el *varón* ni la *mujer* tienen señorío sobre su cuerpo; y vos *varón* (añade) compadeceos de vuestra *mujer* como de vaso más flaco...., y vos *esposa* habéis de estar sujeta á vuestro *marido*.

Cuando el sacerdote se dirige á los contrayentes, ya no les da el dictado de *varón* y *mujer*; sino que pregunta á la SEÑORA Fulana si quiere por *esposo* y *marido* al SEÑOR Mengano; y al SEÑOR Mengano, si recibe por *esposa* y *mujer* á la SEÑORA Fulana.

Esta misma es la cortesía social de nuestros tiempos. No se ofenderá ni la dama ni el caballero á quienes se diga:

¡Es V. la MUJER más hermosa del baile!

¡Es V. el HOMBRE más elocuente del Congreso!

Pero si ya sentados á la mesa del banquete ó ya en el salón, y dirigiéndonos á las mismas personas manifestamos que

¡esta MUJER lo ha dicho!

ó bien que

¡este HOMBRE fué testigo!

peca en ordinario el uso de las voces *hombre* y *mujer*, que deberán sustituirse por las de *señora* y *caballero*.

Nunca resultan más patentes las eufonías que acabamos de indicar que cuando se aplican á los apellidos. Si al sujeto llamado *Martinez*, pongo por caso, le decimos *carrasquilla*, *negrete*, *toro*, *lerdo*, *cabeza de vaca*, etc., se juzgará injuriado con la significación gramatical de tales vocablos, que casi desaparece, ó del todo se borra, cuando llegan á constituir nombres de familia. Sucede entonces que la nobleza del linaje da lustre y esplendor á la palabra. Por dicho motivo, lejos de sonar mal, producen agrado y hasta envidia los nombres de

Diego Porcelos,
Pedro Jirón,
Marqués de Cañete,
Juan de Padilla,
Alonso de la Cerda,
Pedro Faxardo,
Juan de Mena,
Iñigo Ladrón,
José Zorrilla,
Pedro Crespo,
Andrés Marmolejo,
Fernando de Herrera,
Francisco Verdugo,
Diego Zapata,
Martín Abarca, etc., etc.

En estas locuciones nos olvidamos completamente de la humildad y bajeza del *cerdo*, que da origen á Porcelos; del vestido *desgarrado*, que es Jirón; del apestoso *albañal*, que es Cañete; de la triste *sartén*, que es Padilla; del *pelo* de las caballerías, que es la Cerda; del *cubilete* de hojaldré, que es Faxardo; de la *vitola*, que es Mena; del *cuatrero*, que es

Ladrón; de la *mala mujer*, que es Zorrilla; de lo *retorcido* ó *irritado*, que es Crespo; de la *columna*, que es Marmolejo; de la pobre *cuchara*, que es Herrera; del *ejecutor de la justicia*, que es Verdugo, y de los *groseros calzados* que Zapata y Abarca significan.

Si pretendiésemos mejorar ó enaltecer los nombres anteriores por medio del más escrupuloso eufemismo, creo que no se conseguiría más que ridiculizarlos, incurriendo en herejía semejante á la de perfumar con almizcle ó esencia de rosa el vino Jerez ó las aceitunas de Sevilla. Hagamos, sin embargo, la probatura llamando

á Porcelos, *marrano*;

á Jirón, *remiendo*;

á Cañete, *acueducto*;

á Padilla, *perol*;

á la Cerda, *crin*;

á Faxardo, *pastel*;

á Mena, *marca*;

á Ladrón, *estafador*;

á Zorrilla, *raposita*;

á Crespo, *rizado*;

á Marmolejo, *columna*;

á Herrera, *trinchante*;

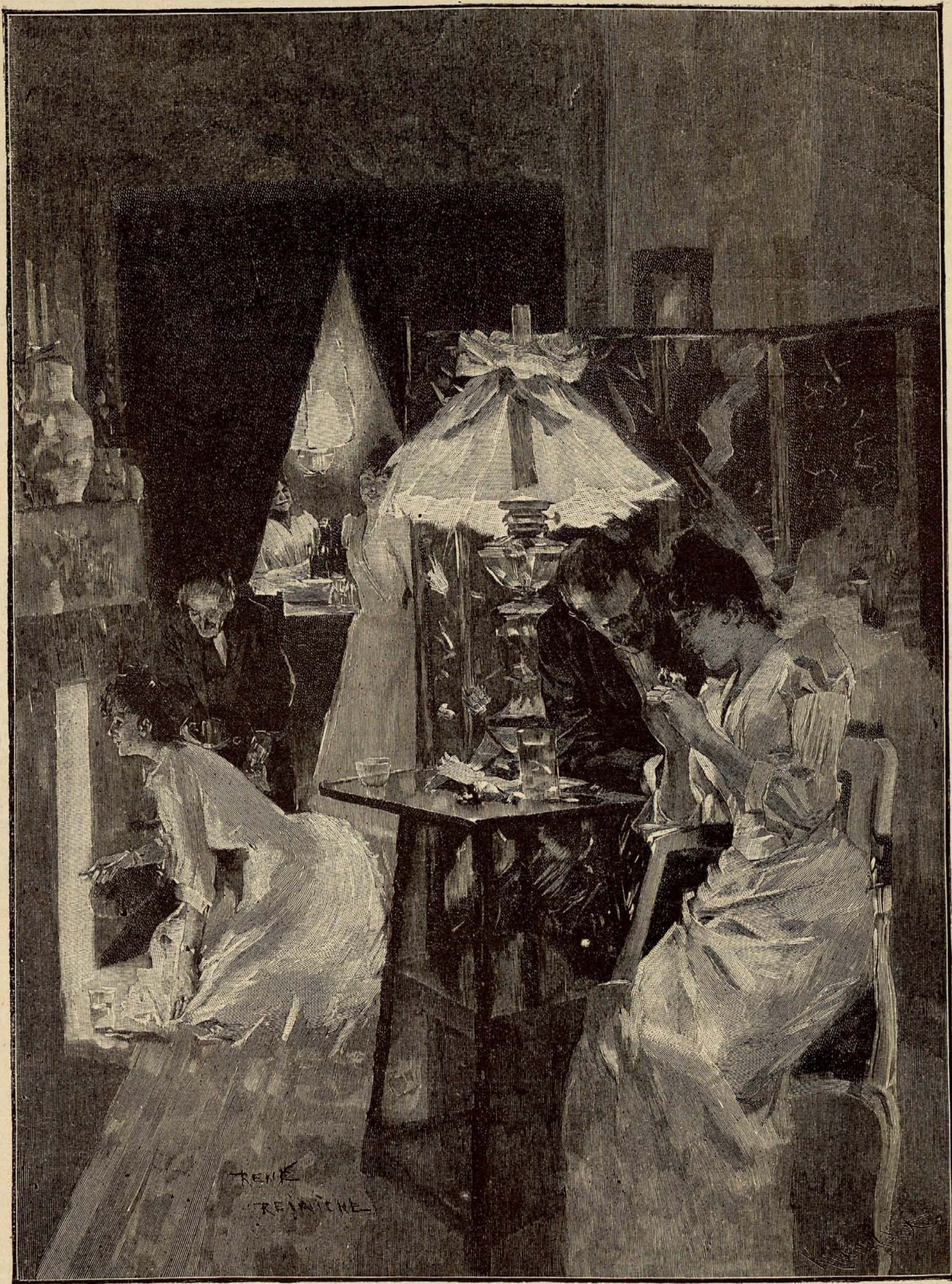
á Verdugo, *matador*;

á Zapata, *chinela*;

á Abarca, *pantuflo*, etc., etc. ¿Cuál sería el resultado de tales sustituciones? Creo que negativo, absurdo y contra-productente.

Es de advertir que al *ejecutor de la justicia* le causa enojo que le llamen *Verdugo*, así como á los de este apellido les fastidiaría verse obligados á cambiarlo por el de *Ejecutor*. El poder de la eufonía es tal, que todo el atractivo y encantado inspirado por una *Leonor* joven, bella, rica, buena y elegante, podía desaparecer repentinamente del corazón de muchos hombres al saber que su alcurnia era *Tocino*, *Degollada*, *Camisón*, *Taravilla*, *Manteca*, *Mantecón*, *Barriga*, ú otros vocablos por el estilo, que por cierto no extrañarán los habituados á oírlos como nombres de familia, puesto que á nosotros no nos disuenan los diminutivos y despectivos de

Arenilla,
Calvete,
Calleja,
Campillo,
Carrillo,
Castillejo,
Canaleja,
Canaleta,
Carrasquilla,
Castrillo,
Cepillo,
Colmenarejo,
Gordillo,
Manzanilla,
Morilla,
Morillo,
Morito,
Murillo,
Palazuelo,
Pardillo,
Parrilla,



ENTRE ÍNTIMOS.—Cuadro de René Reinicke.

Peñuela,
Pinillo,
Pozuelo,
Quintanilla,
Ronquillo,
Sotillo,
Torrecilla,
Vallecillo,
Vallejo,

y otros muchísimos semejantes, que con facilidad se vienen á la memoria.

Los cambios de palabras que han de representar una misma idea, se verifican lentamente por el uso, patrocinado en ocasiones por la ley. Entre los nombres ya suprimidos ó á quienes se pretende suprimir, recuerdo los siguientes:

La *Tienda* se convierte en *Casa*, *Depósito*, *Almacén* ó *Establecimiento*;

la *Taberna*, en *Despacho de vinos*;
la *Posada*, en *Fonda*;
la *Fonda*, en *Hotel*;
el *Mancebo*, en *Dependiente*;
el *Cagalinta*, en *Empleadó*;
el *Escribano*, en *Notario*;
el *Tendero*, en *Mercader*;
el *Mercader*, en *Comerciante*;
el *Comerciante*, en *Banquero*;
el *Banquero*, en *Capitalista*;
el *Administrador*, en *Apoderado*;
el *Maestro de Escuela*, en *Profesor de instrucción primaria*;
el *Oidor ó Golilla*, en *Magistrado*;
el *Contador de Hipotecas*, en *Registrador de la Propiedad*;
el *Boticario*, en *Farmacéutico*;
el *Tagarote*, en *Amanuense*;
el *Clérigo de Misa*, en *Presbítero*;
el *Carcelero*, en *Jefe de Establecimiento Penal*;
el *Mozo*, en *Camarero*, etc., etc.

Creo que las profesiones que no tienen ejecutoriado el cambio podían pedirlo al Gobierno, como hicieron los *Mozos de oficio* de la Administración de Correos de Madrid, obteniendo en 27 de Febrero de 1841 una orden del Regente del Reino para titularse AYUDANTES, como más propio de las funciones que ejercen y MÁS DECOROSO según rezaba textualmente el mandato del celeberrimo Duque de la Victoria.

Antes que se me olvide debo recordar á mi digno adversario el Sr. *Bachiller*, que no he ridiculizado el uso de la partícula DE antepuesta á ciertos apellidos castellanos. La costumbre hace ley en esta materia, y es de notar que los *Palominos*, antes citados, nunca la escribieron. Advertí que no significa nobleza, y que si es correcto decir Juan de Mariana ó Antonio de Solís, colocando la partícula entre nombre y apellido, no lo es declarar que DE Mariana ó DE Solís aseguran tal ó cual cosa. Atestigué para ello con el *Quijote*; y como se tacha mi cita de poco concreta, manifestando que Cervantes habló *ligeramente y de pasada*, demostraré que en otros capítulos de su obra trató el punto con la mayor calma y profundidad. Veamos la prueba, que

ofrezco ampliar si el *Bachiller* mi señor no resulta convencido:

«Llamábase el capitán Rui Pérez DE Viedma.»

«Éste que aquí veis es el capitán Viedma.»

.....

«Este buen hombre es el famoso Ginés DE Pasamonte».....

«Sepa que soy Ginés DE Pasamonte».....

«¿Y cómo se intitula el libro?..... *La Vida de Ginés DE Pasamonte*».....

«Ayudó Sancho á la soltura de Ginés DE Pasamonte».....

«Respondió por todos Ginés DE Pasamonte».....

«Pero la suerte fatal..... ordenó que Ginés DE Pasamonte».....

«Aquel Ginés DE Pasamonte..... este Ginés DE Pasamonte», etc.....

.....

«Respondió Ginés.....; dijo Ginés.....; Ginés, que no era muy agradecido.....; en resolución Ginés.....; este Ginés», etcétera.....

.....

«Alzó la vara el comisario para dar á Pasamonte.....; respondió Pasamonte.....; la escopeta de Pasamonte.....; Pasamonte, que no era nada bien sufrido», etc.....

.....

Vemos que Cervantes no tan sólo omite siempre la partícula al citar al galeote por su *nombre de pila* ó por su *apellido*, sino que para remachar el clavo le hace decir: *Ginés me llamo y Pasamonte es mi alcurnia*. Yo deduzco de aquí que el DE no era parte integrante del Pasamonte, como tampoco lo es de ninguna prosapia española. Los Castros, Lunas ó Guzmanes, se llaman Guzmán, Luna ó Castro, y no DE Castro, DE Luna ó DE Guzmán.

El sabio Menéndez y Pelayo, en su curioso y eruditísimo estudio sobre el *Romanticismo francés*, dice lo que sigue: «Suprimo constantemente delante de los apellidos franceses que la llevan la engorrosa partícula DE, que en Francia tiene cierto sentido nobiliario, pero que entre nosotros *no tiene semejante significación, ni otra ninguna como no sea la de procedencia*. Los franceses mismos la suprimen cuando se trata de los nombres consagrados y verdaderamente ennoblecidos por la gloria, y dicen á secas *Chateaubriand, Lamartine*, etc.»

Quedo tan reconocido á la clara y correcta explicación del origen de los *Palo-Mino*, que no puedo menos de corresponder al garbo del erudito *Bachiller* con algunas etimologías que acabo de hallar en un cronicón, y que tenía reservadas para los doctos académicos Fernández-Guerra, Saavedra y Padre Fita, que de seguro las ignoran, como es probable que ignoren la *mina* y el *palo* de los nuevos *Palo-Mino*. Allá van las copias de mi librote:

CARACENA.—Este linaje era Yañez. E trocaron el su nombre en tiempo de D. Sancho III, porque habiendo deseado el monarca cenar un cordero, é non le hallando en el real christiano, fueron á buscallo al campo moro. E de los ocho omes que acometieron la empresa, siete fincaron muertos por los moros, é uno solo retornó con el cordero. Sópolo el rey é acuitado dijo: ¡*Cara-cena!* Et entonce Yañez, por memoria de la fazaña, llamóse *Caracena*. E sus descendien-

tes fueron ricos omes, é llevan por armas el cordero de plata en campo de goles.

CORTEGANA.—Le decian Merelles. E reinando D. Enrique I, contendian unos capitanes cual dellos era más forzado, é para mostrar su brio daban recias cochilladas á un grande álamo. Vió el rey las cochilladas é señalando la más grande dijo: *¡Este Corte gana!* Et por tal causa tomó Merelles nombre de *Cortegana*. Et su escudo es árbol sinople tronchado, en campo d'oro.

MORALES.—Los llamaban Orlandos. Et hallándose en emboscada con el santo rey Fernando en la conquista de Sevilla, divisaron las huestes christianas un árbol corpulento é muchos moros bajo él. Et unos contendian que era encina, é otros que era olivo. Et Orlando acorrió para vel'lo é saber la verdad del árbol, é fizo huir á los moros é tornó malferido con un tronco que vido el Monarca San Fernando, el cual dijo: *¡Moral-es!* Onde nació nombre de *Morales*, con armas de tres frutas de mcra de goles en campo de plata.

PONCIO PILATO.—En libro hebreo de grande antigüedad, se apunta que este juzgador nació en la tierra del *Poncio*, questá en Indias, é que al padre le decian *Pi*, é á la madre, que era esclava de la Mesopotamia, *Lato*. Et juntado él el nombre de su nacion, é el de su padre, é el de su madre, llamóse *Poncio Pilato*. E sus armas son un lavamanos de plata en campo de sable.

Opino que esta escuela abrirá nuevos horizontes á la filología, á la lingüística y á la charada, y que no faltarán sabios profundos que hallen las profundas raíces de Orovio, Calzada, Espartero, Cánovas, Serrano, etc., en *Oro-Vió, Calza-Da, Es-Partero, Cano-Vas, Se-Rano*, etc.

Volviendo á los Palominos, diré que no me ha pasado por las mientes ridiculizar á dicho linaje, cuando no hay razón ni causa para ello. Creo que no me hubiera reído—pongo por ejemplo—del ilustre *Don Alonso Palomino*, regidor perpetuo de Zamora, aun cuando su rostro fuese pálido y su cabeza se encontrase plagada de canas. Pero si nuestro *Don Alonso* se teñía de carmín las mejillas y de negro el cabello con la intención de aparecer más garrido y lozano, quizá me hubiese sonreído de su debilidad. Y por debilidad completamente igual desde otro punto de vista, juzgaría también la del regidor zamorano si hubiese tenido el antojo de firmarse *Alonso de Palo Mino*, con su DE, su PALO y su MINO.

Esto no quiere decir que yo niegue ni intente coartar la autonomía de los *Palo-Mino* para firmarse como gusten. Por mi parte pueden descuartizar el apellido convirtiéndolo en PA..... LO..... MI..... y NO. Autoridad tienen para ello, y la misma ley de supresión de vinculaciones podrá favorecer y sancionar sus antojos. Haya para todos libertad de obrar y libertad de reir, y *laus Deo*.

Terminaré declarando que si tuviera necesidad de cambiar de apellido, y me dejasen la elección del nuevo, tomaría el ovíparo, volátil é indiviso de PALOMINO, fundándome para ello en las doce razones siguientes:

(PRIMERA)

Por ser eufónico é ilustre, y no despertar ideas sucias, ridículas ni desagradables:

(SEGUNDA)

Por señalarle los más afamados nobiliarios, elegante blasón partido en pal, con calderas de sable y aspas de oro:

(TERCERA)

Por haberlo usado gentes distinguidas en armas, letras y artes:

(CUARTA)

Por hallarse en consonancia con el símbolo de la tercera persona de la Santísima Trinidad y con la célebre Virgen de la *Paloma*, tan popular en Madrid:

(QUINTA)

Por ser *Palomino* tipo de perpetua juventud, que nunca llega á zumbón ni á zarandali:

(SEXTA)

Por su afinidad con los Colombos, ascendientes del gran Cristóbal Colón:

(SÉPTIMA)

Por recordar al profeta Jonás, que en hebreo significa *paloma*:

(OCTAVA)

Por su concomitancia con el *estote prudentes sicut serpentes, et simplices sicut columbae*, del evangelista San Mateo:

(NOVENA)

Por su contacto con la *paloma* del arca de Noé, y con cuantas *palomas* mensajeras han existido y existen en el orbe:

(DÉCIMA)

Por tener su raíz ú origen á mayor altura que *Toro, Conejo, Gazapo, Ternero, Corzo, Lobo, Becerra* y otras alimañas semejanteras que sirven de apellido:

(UNDÉCIMA)

Por ser *paloma* voz de cariñosa ternura que se emplea con las mujeres de genio apacible, y hallarse oportunamente usada por Don Juan Tenorio, cuando llamó á Doña Inés de Ulloa

Hermosísima *paloma*
Privada de libertad:

(DUODÉCIMA)

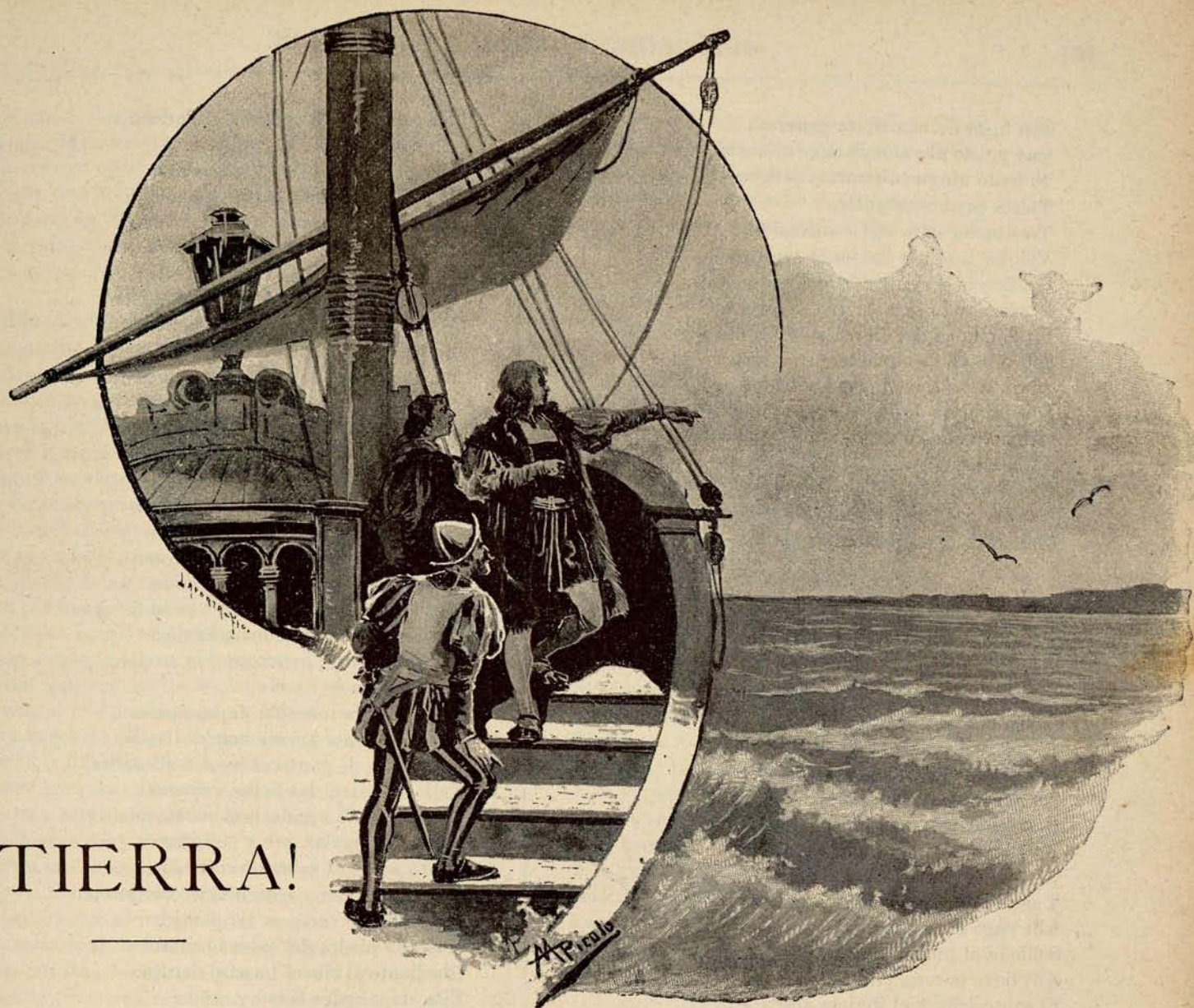
Y finalmente, porque si existe un apellido imperecedero y de buena fama en el universo mundo, éste ni es ni puede ser otro que el homónimo de aquel celeberrimo

!!!PALOMINO DE AÑADIDURA!!!

con que se regalaba los domingos el Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Huerta de Cigarra, año de 1892.



¡TIERRA!

(12 de Octubre de 1492.)

¿A dónde va la nave
Que dando al viento la gallarda vela
Corre rozando el agua como un ave?...
Nunca sobre ese mar inexplorado
Bajel alguno señaló su estela,
Ni en él ningún mortal penetró osado
Hasta que en esa frágil carabela
Un hombre le lanzó soberbio reto
Y partió de las costas españolas
Decidido á arrancarles su secreto
Á la tierra, á los siglos y á las olas.

¿Cómo á surcar se atreve un navegante
Sin dirección ni guía
La insondable extensión del mar de Atlante?
¿Dónde la nave encontrará su puerto?
¿Quién en tan débil leño se confía
Á las iras del líquido desierto?
¿Qué playa va á buscar? ¿Cuál es su meta?
Quizás ya no está lejos el sombrío
Confin, por nadie visto, del planeta

Donde el Señor su cólera desata,
Ruge soberbio el aquilón bravío
Y el mar, como una inmensa catarata,
Se vierte en los abismos del vacío.
¡Pobre bajel! ¿Y aun sigue su carrera?
¿Y aun avanza y avanza
Sin temor al peligro que le espera?
¡Oh, qué ciega y rebelde es la esperanza!
¡Más allá!.... ¡Más allá!.... Sí, ¿pero dónde?
¿En dónde está la tierra prometida
Que el Océano esconde,
Virgen jamás por nadie conocida?
El mar, engañoso como sirena,
Dilátase dormido y transparente;
La onda mansa y serena,
Claro y radiante el sol, rota la bruma,
La nave se columpia lentamente
Y las olas le ponen con su espuma
Un ceñidor nevado y reluciente.

¿Quiénes son esos hombres que en su empeño
Alegres, despreciando la existencia,
Corren tras un fantasma, tras un sueño?

Son hijos de una tierra generosa
 Que jamás al valor llamó demencia,
 Ni halló ninguna empresa peligrosa;
 Tierra cuya constancia,
 Tras lucha siete siglos sostenida,
 Vió del Islam la indómita arrogancia
 Sin fuerza y sin poder rodar vencida;
 Y premiando su esfuerzo la fortuna
 En la ciudad del Darro y de las flores
 Sobre la ya menguante media luna
 Abrir la cruz sus brazos redentores;
 Son los hijos de España, son la gente
 Que hallando estrecho el viejo continente
 Al brazo y al valor de sus soldados,
 Busca tras de las olas
 Nuevos pueblos y mundos ignorados
 Que abrir á las hazañas españolas.

—
 ¿Los hallará? ¿Quién sabe!
 ¿Sondó nadie la líquida llanura
 Que hoy por primera vez hiende esa nave?
 Pero hállelos ó no, sueño ó locura,
 Quien consiga volver de la jornada
 Podrá siempre decir de su bravura:
 « Donde nadie llegó, lejos, muy lejos,
 En una inmensidad nunca sondada
 Que finge arder del sol á los reflejos;
 Ya cerca de la raya cristalina
 En que se juntan cielo y oceano,
 Y mundo, espacio y mar, todo termina,
 Allí llegó mi empuje sobrehumano;
 Soldado al mismo tiempo y misionero,
 Allí llevé la cruz y la tizona,
 El santo leño y el invicto acero:
 Si el mundo no encontré que perseguía
 En la desierta zona
 Donde se extingue tras el mar el día,
 ¿Quién me quita lo grande del intento?
 Palmas pide el valor, no la victoria;
 Quien mide por el triunfo el ardimiento
 Confunde la fortuna con la gloria.
 Mi empresa soberana
 Sólo desdenes mereció y olvido;
 ¿Mas qué me importa á mí la gloria humana?
 ¿Qué mortal me ha seguido
 En todos mis empeños y pesares?
 Sólo testigo de mi fe divina,
 De mi afán, de mi lucha y mis azares
 Lo fué Dios desde el solio en que domina
 La inmensidad augusta de los mares.»

—
 Mas no; no es sólo Dios quien en su empresa
 Sigue piadoso al pobre navegante
 Del mar juguete, de las olas presa;
 También le va siguiendo otra mirada
 Fija, ansiosa, anhelante,
 Á veces por las lágrimas nublada.
 ¿Quién es esa mujer? Sólo *ella* espera

De un loco en la promesa confiada,
 El éxito feliz de su quimera.
 Ella, la reina altiva y envidiada,
 Á quien sirven de pajes campeones
 Que conquistaron reinos en un día;
 La que rige sus rápidos bridones
 Con rendajes de plata y pedrería;
 La que un imperio á su poder sujeta
 Y es dueña de los mágicos jardines
 Que alzó Alhamar por orden del Profeta;
 La que habita los ricos camarines
 Donde el agua en cien vivos surtidores
 Destrenza su cascada cristalina
 Sobre tazas de mármol y de flores,
 Reflejando su líquido tesoro
 En la espaciosa fuente alabastrina
 Y en la labor del arabesco de oro;
 Ella, que tiene por vasallos reyes
 Y por siervas sultanas poderosas,
 Que á principes y pueblos dieron leyes
 Desde aquellos dorados alhamies
 En que un rey, generoso con su dama,
 Puso lechos de rosas
 Dignos de la mansión de las huries
 Donde el amor abrasa con su llama;
 Con pieles de panteras les dió alfombra,
 Talló en marfil las bellas celosías
 Que al calado ajimez prestan su sombra;
 Púrpura y perlas, oro y sederías
 Juntó sobre el soberbio cortinaje,
 Y á su voz, como á un mágico conjuro,
 Orgullosa de verse en tal paraje,
 Hasta la piedra del labrado muro
 Obediente al cincel tornóse encaje:
 Ella, de tal edén reina y señora,
 No piensa en el imperio sometido
 Que tantas maravillas atesora,
 ¡Y piensa en aquel pobre visionario
 Que al mar de Atlante se lanzó atrevido
 Para buscar un mundo imaginario!....

—
 Pobre extranjero, del delirio presa,
 Que mundos á los reyes ofrecía:
 ¿Qué fué de aquella espléndida promesa?
 ¿Quién ya crédito presta á su locura
 Ni en su vuelta confía
 De la audaz aventura?....
 ¿Quién?... ¡Ah! La Reina espera todavía.
 Ella vió que aquel hombre no engañaba;
 Vió la sublime fe que del marino
 En los ojos, firmísima, brillaba,
 Y contagióse á su fulgor divino;
 Ella presiente ya la maravilla
 Y sabe que la cruz del Almirante
 Junta con las banderas de Castilla
 Han de brillar en apartada zona
 De un Nuevo mundo en la ignorada orilla
 Para dar otro imperio á su corona;
 Ella sabe que vuelve el navegante,

Que existe el mundo que encontrar confía;
 Porque de no existir lo crearía
 Aquel cuyo poder á todo alcanza,
 El que creó los astros y los soles,
 Por darlo de Colón á la esperanza
 Y al valor de sus bravos españoles.

Ella lo sabe, sí; no es engañosa
 La voz que á cada instante se lo augura,
 Para ella más que todas melodiosa;
 ¡Ah! cuantas veces en la noche oscura,
 Cuando con beso suave
 Cierra el sueño sus párpados de rosa,
 Surge á su vista la gallarda nave;
 Ve en sus jarcias las velas desplegadas;
 Ve humillarse las olas á su paso
 Por su audacia vencidas y asombradas;
 Ve, detrás de su manto transparente,
 Allá por donde el sol se hunde en ocaso,
 Una costa surgir resplandeciente;
 Costa donde la eterna primavera
 Tiende perenne manto de follaje,
 Donde el ave por valle y por ladera
 Luce rayos de sol en su plumaje,
 Donde la luz más viva reverbera,
 Donde bosques gigantes y sombríos
 Se alzan como soberbias catedrales,
 Donde arroyos y ríos
 Llevan oro disuelto en sus cristales;
 Ve que la nave que al azar navega
 Dejando sobre el mar luciente raya,
 Se acerca hacia esa costa, corre, llega,
 Toca por fin la suspirada playa,
 Y hasta piensa escuchar, vago y distante,
 Sin duda por el eco repetido,
 Un grito penetrante,
 Que del mar á través llega á su oído.....,
 El grito vencedor y soberano
 Con que el hombre, que á todo movió guerra,
 Desde la extremidad del Oceano,
 El mundo al completar, exclama «¡tierra!»

Y á fe que el sueño fiel no le mentía:
 Aquel grito sonó sobre los mares,
 ¡Y aun parece que suena todavía!
 ¡Tierra! ¡Bien haya el grito
 Que viene á compensar tantos pesares
 Y á quedar sobre el mar por siempre escrito!
 La noche negra y fría
 Extiende por doquier su sombra espesa,
 Como queriendo ¡impia!
 Retardar el placer y la sorpresa;

Mas pronto viene el alba nacarada:
 El sol rompe las nieblas y la bruma,
 Y ve de aquellos héroes la mirada,
 Saliendo como Venus de la espuma,
 Surgir la tierra virgen codiciada.

Vedla. ¡Bendita sea!
 Allí está sobre el lecho nacarino
 Que le forma de conchas la marea;
 Allí está con sus bosques dilatados,
 Su perpetuo verdor, su aire marino,
 Sus altas cumbres y frondosos prados,
 Inmaculada, cándida, sencilla,
 Viendo por vez primera aquellas naves
 Que se acercan veloces á la orilla
 Volando sobre el mar como las aves.

¡Oh momento solemne! El europeo
 En la nueva región pone su planta;
 Alegre clamoreo
 Sube hasta el cielo azul donde el sol brilla;
 Una cruz en los aires se levanta;
 El pendón de Castilla
 Álzase de las naves en la popa
 A la mirada de la absorta gente;
 Por labios de Colón, la vieja Europa
 A su hermana menor besa en la frente,
 Y la promesa mágica cumplida
 De nuestra madre tierra en el regazo,
 La gran familia humana dividida,
 Se une al fin y se junta en un abrazo.

La obra del Hacedor está completa;
 La cruz abre sus brazos protectores
 Por todas las regiones del planeta:
 Ya no hay un mundo de otro separado;
 La religión del Dios de los amores,
 La que alienta y consuela al desgraciado,
 Por todas partes su fulgor difunde,
 Y de un polo á otro polo
 La humanidad se mezcla y se confunde
 Y forma un solo hogar y un pueblo solo.
 De Dios la obra divina
 Es Colón quien completa y quien termina.
 «¡Fiat!» dijo el Señor con voz de trueno,
 Y América surgió de la honda brava;
 «¡Tierra!» dijo Colón, y de su seno
 Arrebatóla al mar que la ocultaba.

JUAN ANTONIO CAVESTANY.

San Sebastián, Agosto de 1892.

